

Conocimiento y complejidad: conocimiento en sociedad, del aprendizaje a la maestría

Todo es insuficiente hasta que el conocimiento se cruza con la complejidad. En el cruce, todo es real, tan realidad como la sociedad a los límites, la sociedad original, el origen de todo, el sistema del todo.

El conocimiento consiste en pasar del aprendizaje al ser maestro, es decir, a la experiencia. Para tal alcance, ambos deben pasar de lo estático, en un solo paso, a lo dinámico, distintivamente en dos, es decir, hacerse complejos, por su cuenta. Aun así, aprendiz y maestro son tan extremosos como la mera acción y el espacio, o la situación, por lo que sólo pueden constituirse con el medio correspondiente, el tiempo, del que la parte estática toca al aprendiz y la más dinámica toca al maestro.

Para el aprendiz, resulta bien duro poner el segundo estado, que es la memoria, más en detalle, la duración, si la secuencia es acertada. Para el maestro, aunque no todo es leve, la levedad es en él lo más característico, de la determinación a la libertad, de la intención, o el propósito, a la creación, desde poner fin no sólo al aprendizaje, sino al tiempo central, el de las señales, hasta dar con el principio, los dos dinamismos mayores.

El fin sólo es el maestro en su preparación. La experiencia sólo se puede originar poniendo fin al aprendizaje, con exactitud, al aprendizaje recordado, incluso con más exactitud todavía, a la expresión directa de dicho recuerdo. Sólo entonces empieza todo. Sólo entonces todo es hacia y desde el principio. La finalidad es la disposición para principiar, que es lo realmente propio de la maestría. No es que el maestro mate el discípulo, menos aún al revés. Se trata de prepararse para el origen, para ser original. El aprendizaje es de las personas. La maestría consiste en llegar a ser individuo, transitar con éxito entre las estadísticas y las individualidades.

En cierto modo, el maestro da la vuelta al aprendiz, aunque la cosa es de complejidad extrema. Al culminar en la secuencia, el aprendiz procede desde el antes hasta el después. Entonces, podría pensarse que, procediendo del fin al principio, la maestría consiste en volver. Y algo de reflexión hay, en realidad, todo. Entonces, no principalmente sobre el aprendizaje. Y es que, si la finalidad es el gran después, el gran tiempo, la maestría, como tal, no es otra cosa que su espacio, el complejo, o social, sobre todo en su principio, el espacio por excelencia. El aprendiz es la carencia de principio y de fin. Hasta el punto de que la partida del maestro es la eternidad, el tiempo sin fin ni principio. Por lo que todo prácticamente en él es la dedicación a asuntos tan poderosos. El maestro parte de abstraer sobre lo aprendido. Pero no para detenerse ahí precisamente, sino para llenar todo de novedad a los límites. Siendo la forma lo mejor de la finalidad, en origen, se trata de dar forma a la memoria, incluso a las señales, a todo lo dejado atrás, pero sobre todo dar forma a la experiencia, siempre superior a toda forma.

El fin y el principio constituyen la más genuina razón del conocer, el cociente entre las dos (únicas) causas, la segunda, o final, y la principal, o primera, la complejidad en su misma meta, meta doble, doble meta. Claro que las causas no ocultan los efectos, sino todo lo contrario, evidentemente, como la razón subordinada, meta, sí, pero subordinada, en un solo constituyente, no en dos, como las causas. Es la subordinación del aprendiz al maestro.

Con tres razones, vale. Es suficiente del todo. La meta del aprendizaje es la efectividad. Muy por encima, la meta de la maestría es dar valor a lo posible, dar toda su validez a la posibilidad al máximo, concretar hasta lo absoluto todo lo que no es otra cosa que preparación, eso sí, preparación estricta no mero prólogo, como es la efectividad.

Las tres propiedades del conocer, sus tres poderes, sus tres razones, en orden de complejidad creciente, en una organización de lo más compleja, son la efectividad, la posibilidad y la validez, más que nada, a causa de ser la validez la razón de la experiencia, la experiencia en su razonar. Por lo que no existe ruptura entre lo empírico y lo racional, sino todo lo contrario, su distinción hasta el cruce, por supuesto a los límites de lo social o complejo, que es a los límites reales.

Es irreal el empirismo que deja la experiencia, la función, la prueba, la autoridad, en la habitual, en el mero hábito. Incluso el que piensa que el contrato, la convención, lo resuelve todo. Es irreal el racionalismo que deja todo en la formalidad, incluso, más aún, el que rebaja la cuestión a la efectividad meramente.

Lo único con valor real, la única justificación estricta, es el encuentro entre la experiencia y la razón, por mucho que se trate del encuentro más contrario. Un encuentro pleno de pliegues, repliegues y despliegues, razonablemente, a partir de las bifurcaciones más complejas, en el fondo, los aprendices y los maestros, aunque siempre en lo importante hay terceros. Todo lo otro es cobardía.

¿Por qué no dejar todo en poner las emociones inmediatamente en la boca, en expresar del modo más directo con palabras los sentimientos? Porque, sin pensar, no hay maestría que valga. Todo sería cuestión de unos alumnos necesariamente malos, atolondrados del todo.

Sin detener el tiempo, ya que nadie puede exhibir una prerrogativa semejante, el maestro lo lentifica, que es dominarlo, muy por debajo de dominar la situación, que es todo, aunque muy por encima del alumno, que a lo sumo lo hace durar, siendo la juventud, tan emocionada y tan locuaz, tan de urgencia, sólo donde ambos coinciden.

Sin suponer que el aprendiz es el problema y el maestro es la solución, porque cada cual tiene los suyos, es obvio que la primera bifurcación se origina en tal sentido.

La matriz del conocimiento complejo o social

El conocimiento se cruza con la complejidad en la correspondiente matriz, la matriz original, una matriz tan cuadrada como de orden cuatro. En dicha matriz, el conocimiento es el problema y la complejidad es la solución. Es obvio que tal matriz se desarrolla del todo.

La idea conjunta de conocimiento se ve superada por sus detalles en tres aspectos progresivos, a saber, acción, tiempo y espacio. La complejidad se detalla en tres aspectos progresivos, a saber, densidad, síntesis y sensibilidad, si atendemos a la nomenclatura de los recientes sistemas dinámicos caóticos, o contigüidad, semejanza y contraste, de atender a los asociacionismos clásicos. La densidad es la contigüidad, la síntesis es la semejanza y la sensibilidad es el contraste: complejidad y sociedad son una misma cosa en los orígenes. Los cuatro valores del conocer, en uno y tres, constituyen las cuatro filas, mientras los cuatro valores de la complejidad, en uno y tres, constituyen las cuatro columnas.

Los tres detalles de la complejidad, más allá de todos sus nombres, no son otra cosa que la conservación, lo estático, y la renovación, lo dinámico, distintivamente en dos, desde el mínimo, o convergencia, hasta el máximo, o divergencia. En otra consideración, se trata del desarrollo desde lo meramente condicional hasta lo necesario y, más aún, lo suficiente. Hasta una suficiencia tan total como lo incondicional por excelencia, la más completa excepción: las supuestas condiciones iniciales, el supuesto estado inicial es el movimiento. En términos musicales, los tres aspectos se pueden equiparar con la melodía, el ritmo y la armonía. En otros términos, se trata del reposo, la defensa y el ataque. O si se prefiere, la mera acumulación, la reforma y la construcción, incluso anclar, ajustar y ampliar. Es lo que desemboca en el estar, el deber y el ser, o de otro modo, la masa, la fuerza y la energía. También la fiabilidad, la previsión y la validez. Es cuestión de estar, ya sea tumbado, ya sea sentado, en la cátedra, en el trono o en la simple silla, encorvarse o doblegarse y caminar erguido, erguirse, en auténtica excepción, hasta lo absoluto. Lo que, en la partida, es condensar o acumular, se rarifica, se enrarece, cada vez más en el medio y en la meta. Solemos mirar más a la ayuda, que es sobre todo ayudar a causar, que a las causas mismas.

La matriz original se configura en nueve constituyentes mayores, la matriz propiamente dicha, todos ellos en un marco tan global como el conocimiento social, o complejo. Lo que, sin dejar de ser cuatro, hace diez, otro modo de la *tetractys* como la primera década. No habría que decir que cada uno de los nueve constituyentes se origina como la solución al problema respectivo.

La noción de solución de problemas, llevada hasta la toma de decisiones, hasta las decisiones más complejas, todo ello relacionando los conceptos más complejos, resuelve los dos más grandes asuntos, a saber, las áreas principales del conocer y los procedimientos, que no dejan de reaparecer en cada una de ellas. No sabría señalar en qué asunto de los dos seguimos más perdidos.

En origen, no hay problema sin solución y viceversa, sabiendo que el problema es la vertiente inferior, mientras la solución es la superior del conjunto. Más aún, el concepto de solución de problemas es inútil como origen de no empezar por distinguir las soluciones contiguas con sus problemas, sobre todo, por ser contiguas consigo mismas, que son las soluciones densas, las soluciones semejantes con sus problemas, sobre todo, por ser semejantes con ellas mismas, que son las soluciones sintéticas o convergentes, y las soluciones en contraste con sus problemas, sobre todo, por contrastar en ellas mismas, que son las soluciones sensibles, si se prefiere, singulares o analíticas. Sabiendo distinguir estos tres tipos, progresivamente, en la acción, en el tiempo y en el espacio.

Sin duda, las categorías clásicas se vieron dificultadas, más que nada en su organización, al centrar toda la atención en las provenientes del conocimiento, descuidando, incluso del todo, lo proveniente de la complejidad. De todos modos, como ya sabemos, lo realmente importante es el cruce: cruzar y cruzar. No precisamente el abandono del tema de las categorías, si se prefiere, los radicales o primitivos. Lo único que podría echarnos atrás a la hora de levantar un sistema de primitivos para la totalidad del conocer, más allá, por ejemplo, de los químicos, es la complejidad del asunto. Por ello, incorporamos el concepto desde el arranque, en la matriz misma. Hasta identificar el primitivo más complejo. Toda una odisea, y más.

La acción compleja, o social, es el comportamiento, si se prefiere, el aprendizaje, el aprendizaje en persona, en su meta, desde su meta, la conducta. El tiempo complejo, o social, es el presente, el presente en todo su recorrido, el que lleva desde el aprendiz al maestro y, más aún, desde el maestro hasta el aprendiz. El espacio social, o complejo, es el del maestro, el maestro en toda su experiencia, la experiencia misma, si se prefiere, la práctica, la prueba, la función, la medida, que es la autoridad, mandar y obedecer, en conjunto, la morada desde la habitual, o conservadora, hasta la más deshabitada, o novedosa, pasando por el trámite, en menos palabras, la moral. La utilidad suprema es el valor: sólo así la utilidad es lo supremo.

La densidad, o la contigüidad, progresado desde la acción, a través del tiempo, y hasta el espacio, puede entenderse como la memoria, si bien sólo es memoria estricta en su centro, ya que la memoria sólo es temporal. La síntesis, o la semejanza, progresando desde la acción, a través del tiempo, y hasta el espacio, puede entenderse como el entendimiento, pura promoción, si se prefiere, la representación, que es lo estrecho, lo atado, lo necesario, lo subjetivo. La sensibilidad, o el contraste, progresando desde la acción, a través del tiempo, y hasta el espacio, puede entenderse como la voluntad, si se prefiere, motivo, causa, poder o razón, en conjunto, lo suficiente, lo objetivo. Es obvio que los razonamientos sólo son soluciones de problemas, claro que las más complejas en vertical, las de la última columna.

Toda la columna central es de la atención, o el cuidado. La atención meramente conductual es el cuidado que se tiene al aprender. La atención temporal es la advertencia acerca de tener cuidado, ¡cuidado!, siendo la exclamación la cumbre de las señales, hasta el punto de trasladarse al noveno constituyente en el ¡eureka!. La atención espacial es procurar todos los medios para llevar a cabo el cuidado, lo que supone pagar el correspondiente precio, bastante más que preocuparse, cuidar en el sentido más complejo, el cuidado como lo que es, el cuidado como pensamiento, no todo el pensar pero, a excepción del crear, lo mejor del mismo.

El comportamiento, o aprendizaje, la acción social o compleja, nada es como origen fuera de la progresión desde el denso o contiguo, es decir, el conservador o meramente contingente, y el sintético o semejante, es decir, el de renovación al mínimo, convergente o necesario, si se prefiere, de cooperación o ayuda, hasta el sensible o por contraste, es decir, el de renovación al máximo, divergente o suficiente, también, por competir, el de razón, causa, poder o motivo.

El presente, el tiempo social o complejo, nada es como origen fuera de la progresión desde el denso o contiguo, es decir, el conservador, si se prefiere, el pasado perfecto, y el sintético o semejante, es decir, el de renovación al mínimo, convergente o necesario, si se prefiere, el futuro imperfecto, la rapidez, hasta el sensible o por contraste, es decir, el de renovación al máximo, divergente o suficiente, si

se prefiere, el futuro perfecto, la demora. El presente se origina como lo mejor del pasado y la totalidad del futuro. No se trata tanto de que el tiempo se encoja y se estire como de hacer tiempo apresurándonos y retardando.

La experiencia, la práctica, el ejercicio, la educación, la enseñanza, el uso, la utilidad, la prueba, la medida, el método, la función, el imperativo, la situación, si se prefiere, la moral, es el espacio (des)habitado, el espacio social o complejo. Nada como origen fuera de la progresión que va desde el hábito hasta el principio, pasando por el trámite, que es el camino medio, por muy inhabitual, o deshabitado, que el principio parezca. Contra la legalidad, no hay democracia que valga, porque tal democracia es la de creer en nada, la sociedad de la mentira.

Nada se opone más al conocimiento social, o complejo, que cualquier unificación precipitada del tiempo y el espacio, sin duda, por no partir del nivel de la acción estricta. Nada se opone más, excepto cualquier falta de consideración en el avance preciso de las tres columnas, principalmente, por entender la cooperación como superior a la competición, cuando en origen es al revés. En principio, no hay principio de cooperación, claro que por ser más, principio de competición. Incluso el fin compite, incluso lo hacen los efectos, claro que por debajo del principio.

Podría pensarse que la conservación, la de los grupos (sociales), las fechas (de la memoria) y los hechos, es suficiente para el origen del conocer. Pero la conservación ni tan siquiera sirve para concebir el peligro, lo mínimo de la renovación: no hay novedad, si no hay peligro. Porque la renovación máxima corresponde a la vertical del deseo, deseo de desafiar, mucho más que peligroso. En tal sentido, el correlato de la unificación precipitada del espacio y del tiempo no es otro que el de no saber distinguir suficientemente entre la cooperación y la competición, originalmente en este orden de complejidad creciente.

Aparte del conservadurismo, el otro absurdo en lo social, o complejo, es la mediocridad, considerar los medios principalmente para oponerse al extremo superior. Es el predominio del tiempo por encima de todo, o poniendo todo a su nivel, al igual que el predominio de la semejanza, la ayuda o la cooperación en el otro sentido. Por ello, nada como investigar, hasta aportar las pruebas más completas, tanto en lo referente a la superioridad del espacio sobre el tiempo como en lo referente a la superioridad de la competición sobre la cooperación.

El predominio del tiempo se entiende desde el trasfondo biológico, o continuo, aunque a veces pasa incluso a lo físico. El conocimiento continuo, o biológico, pues no toda biología da paso a lo social o complejo, es ante todo su sentir, es decir, su tiempo, lo que suele entenderse como las sensaciones, exactamente el pasado imperfecto, lo que pasó, y punto. Ahora bien, como el sentir nada es sin la acción correspondiente, según enseñanza de lo complejo o social, el conocimiento biológico al completo bien se puede concebir como la continuidad entre las sensaciones y las acciones motoras, en conjunto, la continuidad de su herencia. El inconveniente consiste en confundir la continuidad con la función. Porque, en origen, la función corresponde por entero, y en lo más propio, en el nivel más propio, a lo complejo o social: la función, que es el espacio, impulsando su acción y su tiempo, hasta ser el impulso de todo. Sólo en lo complejo, o social, la función crea el órgano, evidentemente, el órgano más nuevo, más completo.

Los nueve constituyentes mayores del conocimiento social o complejo

El primer constituyente, el primero de la primera fila, el comportamiento conservador, o denso, se convierte en la composición del grupo, sabiendo que la composición es la solución del grupo como problema.

El segundo constituyente, el segundo de la primera fila, el comportamiento de renovación mínima, el de cooperación, síntesis o semejanza, es la ayuda ante el peligro, sabiendo que la ayuda es la solución del peligro como problema.

El tercer constituyente, el tercero de la primera fila, el comportamiento de renovación máxima, el de competición, sensibilidad o contraste, es la guerra por el deseo, sabiendo que la guerra es la solución del deseo como problema.

El cuarto constituyente, el primero de la segunda fila, el presente conservador, o denso, el pasado perfecto, por duro, por duración, pesado pasado, es la secuencia de la memoria, sabiendo que la secuencia es la solución de la memoria como problema.

El quinto constituyente, el segundo de la segunda fila, el presente de renovación mínima, el de cooperación, síntesis o semejanza, el futuro imperfecto, es la anticipación del instante, sabiendo que la anticipación es la solución del instante como problema.

El sexto constituyente, el tercero de la segunda fila, el presente de renovación máxima, el de competición, sensibilidad o contraste, el futuro perfecto, es la determinación de la eternidad, sabiendo que la determinación es la solución de la eternidad como problema.

El séptimo constituyente, el primero de la tercera fila, el del descanso, la moral conservadora, o densa, es la paz de la existencia, la paz del mero estar, la paz de los hechos, hechos complejos o costumbres, sabiendo que la paz es la solución del existir como problema.

El octavo constituyente, el segundo de la tercera fila, la moral de renovación mínima, la de cooperación, síntesis o semejanza, es el precio del deber, el precio por un trabajo, que es la convención, el casamiento o el contrato, contrato bien social, como aquí es el trabajo, sabiendo que el precio, hasta llegar al aprecio, es la solución del deber como problema.

El noveno constituyente, el novísimo, el tercero de la tercera fila, la moral de renovación máxima, la de competición, sensibilidad o contraste, es la creación de la libertad, el principio en su derecho, la ley y la libertad, en conjunto, la justicia, lo primordial del ser, el ser en su totalidad, sabiendo que la creación es la solución de la libertad como problema, el más genuino entrar en materia. Confundir la costumbre y la ley es confundir el testigo y la causa, confundirse de punta a punta. Evidentemente, sólo la ley es legítima. La ley original posee el aval de la razón hasta el extremo de ser ella misma la razón principal, la causa primera.

En principio, no en el principio de gravedad, por ejemplo, sino en *el* principio, que es principio de realidad, la mera composición sólo soluciona al grupo, grupo social, por supuesto, el grupo por antonomasia, aunque todas las soluciones complejas, inclusive la creación, pueden concebirse como composiciones.

La ayuda original sólo se entiende como solución cara al peligro, el peligro como lo necesario al mínimo, lo mínimo en la novedad, la ayuda como algo demasiado complejo para el mero grupo, pero demasiado poco ante el deseo.

La guerra, que es la efectividad, la ejecución, sólo se origina para solucionar el deseo, la punta de lanza del comportamiento de meta, más allá del de partida y el mediador. Nada más penoso que competir si ni siquiera hay deseo. Que, en sí mismo, es deseo de competir, aunque indirectamente, cada vez, de modo más indirecto, es deseo de cooperar, incluso deseo de agruparse.

Para secuenciar, sólo es condición hacer memoria, echar mano del pasado, si bien se trata del pasado complejo, el pasado hecho presente, lo mínimo en este tiempo, el único tiempo social. Todo lo que no es contigüidad, o densidad, entre el antes y el después no cabe en la memoria. Entonces, o es de menor complejidad, es decir, se trata de algún aprendizaje, de algún comportamiento, o es de mayor complejidad, todo lo que queda del presente, todo el futuro, incluso todo el espacio. Por ello, en origen, aunque hay memoria de lo aprendido, hay, más aún, memoria de futuro, futuro que es sobre todo cara al principio. El hecho de que la memoria de futuro, la simultaneidad más compleja, ocupe poco trecho no es demérito alguno, sino todo lo contrario, al tratarse del máximo en la secuencia. Más allá del comportamiento, justo más allá del aprendizaje, el modo de entender la complejidad no es otro que el de concebir la simultaneidad como la secuencia máxima. No es extraño que los modos más complejos provoquen vértigo.

En principio, sólo se anticipa, la especialización en el antes, ante el instante, la punta de lanza del futuro, el auténtico peligro en el tiempo, algo tan necesario como insuficiente. Lo rápido, lo urgente, no está precisamente en la vertical de lo primordial, sino todo lo contrario, aunque el contraste lo pone lo principal, lo esencial, dado que lo urgente, lo rápido, es sólo semejante. Sin entender el instante como futuro, claro que como futuro al mínimo, entendemos muy poco.

En principio, para la determinación, para la intención, para el propósito, sólo es suficiente todo el tiempo del mundo, el tiempo en su lentitud, en su demora, la eternidad, el tiempo más complejo entre los complejos, o sociales: en el tiempo, nada más social que la eternidad, más que nada, solucionada. En principio, no es posible tender a un fin, a un término, si no es bajo el manto de la eternidad, la temporalidad alargándose, retirándose todo lo suficiente, por problemática que sea, que lo es, el sexto de nuestros problemas. Evidentemente, la eternidad, y en su solución, es lo único que confina: en principio, no puede confinar lo que es mera anticipación, no pueden confinar las meras señales, ya sean lenguaje, ya sean emoción. En principio, nada mejor para confinar que las formas, el mejor modo de abstraer, abstraer de la memoria y, más aún, de las señales, no como si la memoria original fuera abstracta, no como si el lenguaje original fuese abstracto, pero sobre todo abstraerse de la experiencia, lo que complejamente es, sobre todo, orientarse hacia ella, desde ella. En lo complejo, o social, todo es a propósito. Lo único que ocurre es que, precisamente por tal causa, no todo es a propósito en sí. Los cinco primeros constituyentes, nada más y nada menos, no llegan al propósito, mientras los tres supremos, toda la práctica, van más allá del mero proponerse. De este modo, la práctica, la experiencia, la moral no es otra cosa que cumplir con los propósitos, en el fondo, muy al fondo, cumplir con los deseos, por lo que, en medio, se cumple con la palabra.

Cuando definimos la eternidad como el tiempo sin principio ni fin, definimos tan bien que traspasamos la propia definición. Porque la eternidad original no tiene fin en el sentido de ser lo contrario, pero en el mismo ámbito, el sexto constituyente, más exactamente, como problema y solución; mientras la eternidad no tiene principio de modo bien diferente, en el sentido de que la determinación de la eternidad queda en la gran columna justo por debajo de la creación de la libertad, que es el principio del ser, *el principio*.

Toda la tercera columna, la de la razón, se puede entender a modo de premisa y conclusión, claro que de manera compleja: el principio es *la* premisa, la causa primera, el fin es *la* conclusión, la causa segunda, mientras la efectividad es la indistinción entre ambos aspectos, si bien, dado que lo indistinto es lo inferior, solemos tratarla como conclusión también.

Las curvaturas originales, más que nada, los tránsitos entre las filas, se quiebran prácticamente por todo. Se yerra por entender el devenir como tiempo, por si fuera poco, un tiempo privado, privado de eternidad las más de las veces. Nada extraña que el ser, la eternidad y la determinación queden confundidos en uno, por si fuera poco, en ocasiones, confundiendo el ser y el existir, lo que es hacer inconcebible la libertad, inconcebible la justicia, como si las cosas más importantes no fueran de este mundo. Se olvida que la eternidad es tan contraria a la determinación que la propia determinación culmina tan a la contra como es la posibilidad. Se olvida que el ser, o la libertad, es tan contrario a la ley, o al principio, que la propia ley culmina en la libertad absoluta, el absoluto original como lo más nuevo, lo más libre.

En tan complejo juego de contrarios, se puede errar perfectamente confundiendo en uno principio y eternidad. Incluso, sin errar tanto, es frecuente dar existencia al tiempo, sin que el acierto consista en entender que el tiempo preexiste, se entiende, preexistir a la creación. Jugando con las palabras, el tiempo sólo preexiste en el sentido de que incluso el tiempo más evolucionado es inferior a la existencia, a su vez, lo ínfimo del espacio, su primer problema, por supuesto, tiempo y espacio en tanto sociales o complejos, en sus orígenes reales. El criterio es que sólo el principio, el espacio por excelencia llega a ser absoluto. La eternidad sólo es el problema de la determinación, es decir, el gran problema, pero sólo del tiempo.

Si el tiempo fuera absoluto, absoluto de por sí, al culminar en la determinación, la determinación sería absoluta, con lo que la experiencia, la prueba, la práctica, no sería real, sobre todo, la libertad, lo único que, en su desarrollo extremo, en el espacio extremo llega a ser absoluto. Más allá de Estratón de Lámpsaco, sólo el espacio es absoluto, y sólo si es máximo. El espacio es superior al tiempo porque sólo el espacio llega a ser absoluto. No llegar a tal extremo, no significa precisamente que el tiempo sea absoluto, como es obvio, en principio. Claro que secundariamente...

De todos modos, hay que ser conscientes de que la libertad nada es sin pasar por determinarse, aunque la libertad es mucho más que liberarse de la determinación, incluso mucho más que liberarse del deber y el (a)precio, ya que, en conjunto, competir es mucho más que cooperar: en origen, nadie está obligado a competir, nadie puede obligar a nadie a competir, principalmente, porque la obligación es cooperar, atender al que lo necesita.

Lo que en la determinación, incluso en el deseo, es expectativa, en la libertad es esperanza. Esperanza no sólo coronando la vertical, sino también la horizontal, el progreso que parte de la fe y se centra en el amor: si por la mañana se impone

la fe, por la noche siempre queda la esperanza, a condición de que el amor cubra el resto, se constituya en mediador entre dos extremos tan distantes. Cautivar, y ser cautivado, puede resultar lisonjero. Pero ser libre es más, porque a la larga se trata de ser absoluto.

Aunque sea mucho más, la determinación más que nada superada por la libertad, es el único antídoto real contra el determinismo. Quiero decir que, sin libertad, incluso la propia determinación degenera, hasta degenerar por completo: los términos pasan a signos, y el lenguaje pasa a una biología irreal, al innatismo. Todo determinismo no es otra cosa que negar lo principal en lo social. El fin corona la obra, aunque más bien la obra corona el fin, sobre todo, si la obra es coronada por el principio. Sabiendo que, si la libertad no llega a ser absoluta, siempre existirá la tentación del determinismo absoluto. De nada sirve la guerra, incluso de nada sirve la paz, si no se cruzan en la justicia.

A todo el mundo le puede entrar la duda acerca de si es libre o no lo es. Bueno, pues si creas, ya nunca tendrás más dudas. La creación no hace a la libertad menos libre, sino todo lo contrario. Lo único que ocurre es que se trata de las cosas, o causas, más distintas. No es que sea difícil sin más tratar con algo si ese algo es libre, pues es más de complejidad que dificultad simplemente. Con la ventaja de que el algo realmente complejo, realmente libre, es el todo, el todo original o absoluto.

Como a nadie se le oculta la conveniencia de progresar desde el aprendizaje hasta la enseñanza del experto, todo el mundo debería tener clara la bondad de progresar desde las instituciones, pura preparación, hasta los auténticos trabajos, los que son por contrato, porque los creativos son mucho más que verdadero trabajo.

Muchos rechazan la idea de moral al verla reducida a la moral del deber. Lo que se entiende por ser semejante moral solamente la céntrica: la moral del deber como la máxima es máxima mediocridad. Utilizar la moral del deber contra la moral del ser, contra el propio ser, incluso contra (la moral de) los hechos, es puro caos. En la superación, una de las cosas de más ayuda es entender que lo mejor en el deber es la estética, el juego de lo feo y lo bello. Porque de este modo, la estética es el más auténtico centro de la ética. Centro sólo, para nada el extremo superior, la moral suprema, lo supremo. Si la moral no es capaz de escalar del todo en los derechos, nada tiene derecho, todo carece de valor, todo da igual. Así que, en la libertad más total, habrá que lograr tal escalada. Curiosamente, la moral, el imperativo original, en el deber, no hace otra cosa que obedecer, obviamente, no toda la obediencia, aunque sí la más compleja, la obediencia debida. Sólo así, en el derecho, empezando por la vida, todo es mandar, sólo mandar, tampoco el único mando. Porque, para mandar y obedecer, al mismo tiempo, en el mismo espacio, ya están los hechos. El hecho, el hecho complejo, la costumbre, como la obediencia y el mandato al mínimo, sin capacidad de preguntar, y menos de responder, por mucho que obedecer y mandar sean lo máximo.

Pensamiento y ser son una misma cosa, de acuerdo con Parménides, pero sólo en la cumbre del pensar, no en la abstracción o en la forma, en la que no se trata de libertad precisamente. Como tampoco en todo el pensamiento estatutario o político, porque ahí sólo se está, la *polis* es sólo para el mero existir o estar, a lo sumo, Estado, que es Nación en su cumbre. Incluso tampoco en el pensamiento del deber, el del contrato, el del trabajo por un precio, el pensamiento económico.

24 El ser no es el pensamiento abstracto, ni el político, ni el económico. El ser sólo es el pensamiento creativo.

No es tanto posponer la evaluación, se entiende, más allá de haber producido todo lo que se va a evaluar, como distanciarse, incluso, más que todo eso, evaluar el posponer. Porque el valor, incluso la verificación y la estima, es cuestión, más que de tiempo, de espacio.

Ser maestro del todo es llegar a probar que los ocho primeros constituyentes nada son sin el noveno, la excepción total, la regla más reglada, el impulso de lo meramente regular, aunque lo realmente propio es el sentido más contrario, lo más nuevo. No vale, por ejemplo, sólo con lo nomotético y lo idiográfico.

Los grandes métodos de solución y los ámbitos en los que se levantan cabalgan en paralelo. Con todo lo que se levanta sobre tales paralelas. De entrada, la semejanza, entre la homotecia y el movimiento, es decir, la semejanza como tal y la semejanza desglosada en sus dos extremos, desde la quietud hasta todo lo contrario, lo único realmente inquietante, la distancia, la energía, el mismo ser en todo su desarrollo, los individuos.

Las dos diagonales de la matriz social o compleja

La diagonal principal de la matriz social, o compleja, se traza desde el grupo, el grupo de personas, hasta la individuación. La diagonal no principal se traza desde la guerra hasta la paz. La creación original es la de los individuos, a través de la guerra y, mucho más, de la paz.

El mero grupo es lo menos complejo de lo menos complejo, lo menos complejo del aprendizaje. La creatividad es lo más complejo de lo más complejo, lo más complejo de la maestría. Así que todo el conocer transcurre entre extremos tan dispares, por otra parte, tan puros.

Por el contrario, tanto en la guerra como en la paz todo es un juego de compensaciones, lo que suele llevar a confundir la complejidad de ambas. La guerra es lo más complejo, sólo que en lo que es lo menos, en el aprendizaje: el maestro, como tal, nunca guerrea. La paz es lo menos complejo, sólo que en lo más complejo, en la maestría; por lo que, entre otras cosas, el gran maestro tiene que traer cosas mucho más complejas que la paz, nada decir del aprendiz, incluso del gran aprendiz, el líder, siempre en batallas, nunca en paz.

La guerra es una meta, sólo que la menos compleja entre las complejas. La paz es una partida, sólo que la partida propia para la gran meta. Por ello, la guerra, que es la efectividad, y la paz, que ya es funcionalidad, sólo que al mínimo en lo complejo, la habitual, son exclusivamente medios, por lo que nadie va a confundir más lo funcional y lo efectivo. La guerra, aun social en origen, sigue la trayectoria que viene desde lo biológico. La paz es la inflexión para que todo pase a depender de lo social por excelencia, la creatividad. Inclinarse a la paz ante la guerra tiene poco de social. Meter directamente la guerra en los orígenes de la evolución biológica es confundir: demasiada poca guerra. Meter directamente la guerra en lo social es acierto, aunque es confundirse del todo si la guerra no lleva a la paz. Hasta alcanzar la creación, el cruce superador de la mera paz y de la mera guerra. La guerra sólo es el motivo del aprendizaje. La paz es mucho más efectiva porque, aun no